

# HOMBRES. DE LA NATURALIZACIÓN DEL GÉNERO A LA CONSTRUCCIÓN CULTURAL DE LA DIVERSIDAD SEXUAL

Mauricio List Reyes\*

## INTRODUCCIÓN

Cuando se habla del cuerpo humano, las primeras imágenes que suelen generarse son biológico-anatómicas, aun cuando en la mayoría de los casos los conocimientos que las personas no especializadas tienen sobre este tema, además de escasos, son difusos y hasta erróneos. Incluso es posible darse cuenta de que para mucha gente su propio cuerpo resulta desconocido por razones culturales que exploraremos en el presente trabajo.

A lo largo de los siglos se han generado diversas conceptualizaciones del cuerpo, que poco a poco establecieron condiciones éticas y morales relacionadas con su cuidado, limpieza y protección; así como con la manera en que debía ser cubierto para su presentación ante los demás, tapándolo, revistiéndolo y aislándolo, tanto del ambiente en el que se movían los sujetos como de sus prójimos.

\* Profesor-investigador de El Colegio de Antropología Social de la Benemérita Universidad Autónoma de Puebla.

Los atuendos utilizados en diversas épocas nos dan información acerca del sentido que se le daba al cuerpo y sobre la manera de representarlo, a partir de lo que se mostraba y lo que se cubría; de lo que se disimulaba y de lo que se hacía evidente. Así, podemos observar muchos elementos que dieron sentido a los cuerpos, y que permitieron que se transformara su sentido sociocultural de acuerdo con cada época y lugar.

Dentro de este repaso veremos que en esos procesos históricos hubo factores que le dieron cierto matiz a estas características a partir del género de los sujetos aludidos. En este sentido, ser hombre o mujer en las diferentes sociedades, condicionó en buena medida las acciones, percepciones y usos del cuerpo, así como las maneras en las que los sujetos interactuaban con el mismo y con el otro género.

Estos cuerpos *desnaturalizados* o *enculturados* adquirieron características que las diversas sociedades les otorgaron. Una de ellas, quizá la más importante, fue que se dividieron en dos categorías a partir de las cuales se organizó el mundo en *lo femenino* y *lo masculino* asignándoles papeles

distintos en función de las expectativas que alrededor de ellos, se formaron.

Las sociedades produjeron relaciones jerárquicas de poder, a partir de las diferencias de género, que permitieron justificar una organización en la que el varón construyera o conservara una posición de control frente al otro género. En Occidente, a lo largo de los siglos, se elaboraron discursos que legitimaron esta subordinación. Durante el siglo xx el debate de sufragistas, feministas y demás luchadoras sociales que buscaban transformar esas relaciones sociales, permitió ir entendiendo ese proceso histórico y con ello sentar las bases para el establecimiento de una sociedad más equitativa y respetuosa de las diferencias.

No obstante lo anterior, no se agotan ahí las desigualdades sociales. Habría que inscribir allí aquellos comportamientos sociales, justificados a partir de su naturalización, al emparentarlos con los sexuales, que de manera más variada generaron categorías cuyo reconocimiento y, por tanto, valoración social, se ha transformado en la sociedad occidental, pasando de ser actos respetables de los sectores sociales hegemónicos a actos descalificados de sectores marginales.

Dentro de estas categorías encontramos los comportamientos sexuales que se transformaron a lo largo del tiempo al responder a diversas circunstancias económicas, políticas, demográficas entre otras y que después obtuvieron una base discursiva de orden moral, que contribuyó a darle validez a esas transformaciones.

#### BREVE HISTORIA DEL CUERPO MASCULINO

Hablar de la construcción cultural de los cuerpos, resulta sumamente sugerente para

el planteamiento que desarrollaremos en el presente apartado, con relación a la manera en que las sociedades occidentales han construido la masculinidad.

Las sociedades han generado discursos respecto de los cuerpos masculino y femenino, es decir, de esculpirlos, obteniendo de una masa informe, un sujeto normalizado y enculturado, a partir de los presupuestos, la cosmovisión y el sistema de valores del grupo social en cuestión.

Es importante aclarar que desde el punto de vista que se presenta, no nos referimos a los cuerpos de manera atemporal o universal. Consideramos que los cuerpos se construyen histórica y culturalmente y responden a las necesidades, ideas, pensamientos e imaginarios de una sociedad en particular.

Las sociedades humanas en su desarrollo histórico construyeron imágenes o representaciones de los cuerpos masculino y femenino, ya sea por medio de metonimias (y ello nos lleva a mencionar la multiplicidad de representaciones fálicas) o de una variedad de imágenes que fueron desde las pinturas rupestres —que en su sencillez no siempre se dejan adivinar claramente los detalles— hasta las más perfectas representaciones mediante la escultura y la pintura de los ideales estéticos femenino y masculino de las épocas y culturas de las cuales el Occidente actual es heredero.

De esas representaciones surgieron también las imágenes religiosas en las que se recuperaron los ideales estéticos (como símbolos de perfección de la divinidad) aunque después se dijera que eran esas divinidades las que habían creado al hombre a su imagen y semejanza.

Si revisamos los más antiguos textos de diversas tradiciones religiosas y filosóficas de Occidente encontraremos, sin lugar a

dudas, referencias a los orígenes del hombre como especie y, por tanto de su cuerpo, mismo que ha sido percibido de distintas maneras y no necesariamente en el sentido binario que el género en la actualidad plantea, sino respondiendo a los condicionamientos que en su momento cada sociedad ha establecido.

En este sentido podemos rastrear, desde épocas muy antiguas, referencias a la comprensión de los cuerpos y el sentido y valor que se le daba. Estos significados atravesaban muchas de las concepciones que sobre el ser humano se tenían. Una de las más antiguas se refiere, por ejemplo, al sentido ritual con que eran conservados los cuerpos en el antiguo Egipto tratando de evitar su corrupción material.

El cuerpo, como muchos otros elementos considerados como parte del cosmos, de la naturaleza, del entorno, resultaba entonces un misterio que si no era posible comprender al menos había que darle un sentido que permitiera integrarlo en la explicación que las diversas sociedades daban al universo.

Entre las tradiciones que nos tocan más de cerca, como antecedente de las sociedades occidentales es, sin duda, la de la Grecia antigua en donde muchos grandes pensadores especularon acerca del hombre. Ese sistema de pensamiento sirvió de base para que sus herederos, en la Edad Media y en el Renacimiento, continuaran discutiendo muchos temas planteados con siglos de anterioridad.

Thomas Laqueur en un interesante estudio (1994), plantea una discusión basada en la anatomía de los sexos que permite pensar en términos culturales las diferencias entre los cuerpos. Así, el análisis de Laqueur sobre los discursos, tanto de Aristóteles como de Galeno, nos propor-

ciona elementos para entender la conformación de lo masculino y lo femenino a partir de la idea de la existencia del modelo de sexo único. Resulta curioso darse cuenta de que ese modelo nuevamente nos lleva a la idea de que los cuerpos parten de un origen común; en este sentido, la discusión que se plantea se hace desde un discurso "científico", a partir de los conocimientos de anatomía que hasta ese momento se consideraban los más avanzados. Así, al momento de asignar o de justificar el papel cultural de los cuerpos desde su asignación de género, la inequidad social se consideraba "inherente" a ellos. El modelo de sexo único intenta justificar la subordinación desde el origen de los cuerpos diferenciados a partir de que uno es producto del otro y su justificación se da en la manera en que la anatomía permite especular respecto de las desigualdades.

Richard Senté, por su parte, hace referencia a este asunto cuando al analizar a la sociedad ateniense señala que:

El calor del cuerpo era la clave de la fisiología humana: quienes concentraban y dominaban su calor corporal no tenían necesidad de ropa. Además, el cuerpo caliente era más reactivo, más febril que un cuerpo frío e inactivo. Los cuerpos calientes eran fuertes y poseían el calor tanto para actuar como para reaccionar. (Sennett, 1997: 36).

Por tanto, los cuerpos calientes eran los masculinos y los fríos los femeninos.

Así, el autor señala la enorme importancia dada a los cuerpos en la Grecia antigua, lo cual ya hemos visto en las referencias a Aristóteles, y al hacer el análisis de la relación entre cuerpo y ciudad, explica la manera en que los cuerpos masculinos

eran educados, moldeados y preparados para la vida como ciudadanos. A partir de la teoría del calor corporal, entonces, se establecían reglas de dominio y subordinación hacia las mujeres, los esclavos, etcétera. Aún más, los cuerpos eran adiestrados, se reconocía entonces la necesidad de ejercitarlos, de darles una fortaleza semejante a la que requería el intelecto para la participación en los debates: el sujeto masculino debía estar en las mejores condiciones para participar en la vida pública.

Con ello se reconocía la diferencia entre los sexos de una manera más bien cuantitativa (con relación al calor corporal), y ello estatuiría condiciones en las cuales las mujeres no tendrían posibilidad de equipararse a los hombres en condiciones corrientes sino únicamente si éstas se volvían más calientes, perdiendo los rasgos específicos de la femineidad. Las consecuencias de esto son obvias: una vez aceptadas las diferencias y con ello su origen, era posible recurrir en diversos momentos de la historia a estos argumentos y con ello conservar viva la justificación en tradiciones culturales más tardías.

Esto a su vez tuvo otras consecuencias relacionadas con el papel de los sujetos en la sociedad, en donde una pequeña elite de varones se encontraba en una condición por encima del resto, lo cual generaba la necesidad de establecer relaciones sociales con sus iguales y que derivó en otras de tipo distinto. En este sentido, las relaciones afectivas y sexuales entre varones tendrían el sentido de poner en comunión a hombres libres, que habían cultivado el cuerpo y el discurso en el gimnasio, donde se establecían las relaciones entre *erastés* y *eromenos*:

En este punto, el código sexual dictaba que no hubiera penetración por ningún

orificio, ni felación ni relación anal. El muchacho y el hombre se ponían el pene del otro entre los muslos, frotándolo y masajeándolo. Se pensaba que ese frotamiento elevaba el calor corporal de los amantes y ese calor que sentían en la fricción corporal, más que la eyaculación, era el foco de la experiencia sexual entre dos varones (Sennett, 1997: 51)

De este modo, cuerpo, sexo y género se entrelazaron en la construcción cultural de Occidente y con ello se mezclaron aspectos cuyo sentido se basó en un orden natural para, con ello, construir discursos ordenadores que le dieran a cada uno de ellos su lugar en la sociedad y, por tanto, quedaran claras las relaciones de subordinación entre ellos. Volviendo a la preocupación de este apartado, hemos visto cómo el cuerpo no puede ser entendido en sí mismo sino sólo con relación a otros aspectos importantes para el desarrollo de las ideas que sobre éste se fueron haciendo a lo largo de la historia. Cuerpo, género y sexualidad en las sociedades occidentales dieron sentido a la organización social y a la propia perspectiva que los individuos tenían de sí mismos.

El cristianismo formó su propio mito sobre los cuerpos y lo alimentó a lo largo de muchos siglos: en el Antiguo Testamento encontramos su referencia más conocida en donde, como otras tradiciones, otorgó a los cuerpos del hombre y la mujer orígenes distintos pero referido a un solo sexo cuyos argumentos establecen una diferencia jerárquica entre los géneros en el que el masculino no sólo es el que detenta una posición de superioridad sino que se le considera como el que dio origen al femenino. De esta idea, se derivan infinidad de

discursos y argumentos que, siguiendo esta lógica, nos hablan no sólo de ese origen divino de los cuerpos sino también de sus consecuencias en la relación entre ambos que, en última instancia, desde una perspectiva de género, plantea una relación de subordinación.

Por demás conocido es este pasaje en el que se establece y justifica las condiciones jerárquicas entre los géneros que durante siglos hallaran allí su sustento:

Formó, pues, Jehová Dios al hombre del polvo de la tierra, y alentó en su nariz soplo de vida, y fue el hombre en alma viviente (Gen. 2, 6) Y Jehová Dios hizo caer sueño sobre Adán, y se quedó dormido: entonces tomó una de sus costillas, y cerró la carne en su lugar; y de la costilla que Jehová Dios tomó del hombre, hizo una mujer, y trajo la al hombre (Gen: 2, 21)

El cristianismo, como otras tradiciones religiosas, principalmente en Occidente, dio la pauta para que se construyeran discursos que establecieran el orden de los géneros. Estos discursos establecieron el papel de los sujetos en la sociedad en general y papel subordinado que la mujer debía mantener.

#### GÉNERO Y SEXUALIDAD: DE LA NORMA A LA TRANSGRESIÓN

Como hemos dicho, las ideas y por tanto los discursos respecto de este tema no se mantuvieron estáticos a lo largo de la historia sino que paulatinamente se volvieron más complejos en la medida en que las sociedades también se transformaban. Sin embargo las premisas de las que se partía

eran básicamente las mismas y con ello se conservaron también esos discursos. El siglo XIX es especialmente importante para el estudio que aquí nos interesa. Es en ese momento en el que se reconfigura el conocimiento respecto del cuerpo y la sexualidad. Para entonces el *conocimiento científico* adquiere una nueva significación y, por tanto, el conocimiento naturalista y médico obtiene un nuevo estatus que viene a sustituir, aunque no definitivamente, al discurso religioso y particularmente al cristiano, en los temas señalados.

Foucault realiza una extraordinaria revisión de ese momento cuando nos habla de la construcción de lo que él llama una *scientia sexualis*, de la que dice:

Todo a lo largo del siglo XIX, el sexo parece inscribirse en dos registros de saber muy distintos: una biología de la reproducción que se desarrolló de modo continuo según una normatividad científica general, y una medicina del sexo que obedeció a muy otras reglas de formación [...] En la diferencia entre fisiología de la reproducción y la medicina de la sexualidad habría que ver otra cosa (y más) que un progreso científico desigual o una desnivelación en las formas de la racionalidad; la primera dependería de esa inmensa voluntad de saber que en Occidente sostuvo la institución del discurso científico; la segunda, de una obstinada voluntad de no saber (Foucault, 1991:69)

Vemos entonces que se da un tránsito entre los discursos, a partir del desarrollo del pensamiento en Occidente, en el que pasa de uno en el que el aspecto esencial a considerar es, como decíamos, el ético-religioso, a otro en el que el discurso cien-

tífico prevalece y a partir del cual se construirán los saberes en los que sustentará la validez de su discurso, poniéndolo por encima de cualquier otra opinión.

El discurso científico trascendió muchos ámbitos del saber y pretendió incursionar en algunos que reconoció como de interés. Específicamente, el discurso de la sexualidad fue adoptado por la ciencia médica y se dispuso a ordenar los diversos ámbitos que a ella concernían, generando una suerte de código en el que se clasificaban las prácticas en dos categorías principales: las sanas (cuyo concepto de salud se establece a partir de una concordancia entre el sujeto y la sociedad en la que vive); y las patológicas o que también podemos llamar heterodoxas y que respondían al deseo y fantasía de sus practicantes pero que se salían del modelo hegemónico; de tales prácticas encontramos diversos ejemplos en el famoso trabajo de Richard von Krafft-Ebing titulado *Psychopatía sexualis* (1886) en el que hace un interesante catálogo de esas "heterodoxias" sexuales, "desviadas" de la "normalidad" sexual ya que, por decir lo menos, se atrevían a ir más allá del coito heterosexual.

Estas ideas generaron, a partir de su nominación, una amplia variedad de categorías sexuales que definieron a un número semejante de transgresores, aunque en este caso se les vea más como patologías que como pecados o abominaciones, como denominó el discurso religioso a todas aquellas prácticas que se apartaban de la norma reproductiva del matrimonio. Por supuesto, las miradas en torno al género y a la sexualidad se transformaron poco a poco al responder a múltiples condiciones socioculturales. De hecho, gracias a que trascienden diversos ámbitos de la vida social, se posibilita que tales "aberraciones"

se incorporen al imaginario colectivo y, por tanto, se asuman como parte del sistema de pensamiento de la sociedad en cuestión. Nos parece sugerente en este sentido, mostrar un fragmento de una obra que resulta, además de interesante, poco corriente para su momento.

En *Bom-Crioulo* la situación planteada y las frases dichas, para finales del siglo XIX, resultaban chocantes pues sugerían no sólo la posibilidad de la existencia de la pasión de un hombre hacia otro, además, esto se daba en un ambiente varonil entre sujetos viriles donde el deseo sexual y su consumación son planteados explícitamente:

Su amistad con el grumete había nacido, por otra parte, como nacen todos los grandes afectos, inesperadamente, sin antecedentes de ninguna clase, en el momento fatal en que sus ojos se fijaron en él por vez primera. Ese movimiento indefinible que asalta al mismo tiempo a dos naturalezas de sexos contrarios determinando el deseo fisiológico de la posesión mutua; esa atracción animal que hace al hombre esclavo de la mujer y que en todas las especies impulsa al macho hacia la hembra, la sintió Bom-Crioulo irresistiblemente al cruzar la mirada por primera vez con el pequeño grumete. Nunca había experimentado cosa semejante, nunca algún hombre o mujer alguna le habían producido impresión tan extraña desde que tenía uso de razón. Mientras tanto, lo cierto era que el pequeño, un niño de quince años, estremecía su alma entera, dominándola, cautivándola de inmediato, como la fuerza magnética de un imán (Ferreira, 1987:51)

Sin duda alguna la obra de Adolfo Ferreira Camina aparecida en 1895 es uno

de los primeros relatos en los que se involucran dos hombres en una relación amorosa. Es esta una historia en la que el escritor brasileño pone en juego un elemento que hasta ese momento había sido rechazado: el encuentro sexual entre dos varones movidos por el deseo y el sentimiento amoroso. El relato va más allá y describe el sentimiento apasionado del personaje principal *Bom-Crioulo* por *Aleixo* lo cual resulta, para su época, un tema escabroso. En Occidente se consideraba, hasta ese momento, los actos sexuales heterodoxos como contrarios a la naturaleza humana, y a las normas morales. El mismo autor los define como actos fuera de la norma, y llama al encuentro sexual entre dos hombres el *delito contra la naturaleza* (Ferreira, 1987: 71) lo cual determinará en buena medida la suerte de los protagonistas.

En este sentido, encontraremos a partir del siglo XIX una mayor cantidad de obras que consideran de importancia enfatizar la relación entre hombres y mujeres desde una perspectiva normativa en cuanto a la actuación de los sujetos en la sociedad. Por tanto, no es casual que se genere una obra como la de Manuel Antonio Carreño quien en su famoso manual (1853) plantea, a partir de un discurso moralizante, la relación que debe existir entre hombre y mujer cuando dice:

Piensen, pues, las jóvenes que se educan, que su alma, templada por el Creador para la virtud, debe nutrirse únicamente con los conocimientos útiles que sirven a aquellos de precioso ornato; que su corazón, nacido para hacer la felicidad de los hombres, debe caminar a su noble destino por la senda de la religión y del honor; y que en las gracias, que

todo pueden embellecerlo y todo pueden malograrlo, tan sólo deben buscar los atractivos que se hermanan bien con el pudor y la inocencia (Carreño, 1957: 48).

Este discurso que nos puede parecer no sólo anacrónico sino además devaluador para la mujer, tuvo vigencia durante mucho tiempo, no sólo en México, y fue una guía muy importante en la educación femenina que afianzaba el papel que se le otorgó a las mujeres, sobre todo, durante el siglo XIX y buena parte del XX.<sup>1</sup> Se recurre quizás a otros términos que no dejan de ser elocuentes, para hacer claro que en lo referente a las jerarquías sociales no se permiten disidencias. Así se establecen, por un lado desde de la ciencia y por otro desde la moral, no sólo el papel de los géneros en las relaciones sociales, se definen además los límites de la normalidad en el campo de la sexualidad. Desde estas definiciones, tanto hombres como mujeres se perciben a sí mismos y a los otros, a partir de los parámetros de la normalidad biológica y moral delineados por la norma heterosexual, por tanto, se construyen cuerpos *ad hoc* para cumplir con las expectativas sociales y culturales.

Sobra decir que es esta una época de gran intolerancia hacia la diversidad sexual, y una prueba contundente es el proceso que llevó a la cárcel a Óscar Wilde. Si bien para esa época ya se tiene un "diagnóstico médico" que habla de la homosexualidad

<sup>1</sup> Para una revisión más puntual de este tema véase Elsa Muñiz, *Cuerpo, representación y poder. México en los albores de la reconstrucción nacional*.

como un trastorno mental, no se exige al que la *padece* de responsabilidades legales.

Así, la homosexualidad aparece formando parte de una cantidad de *trastornos* al momento de ser bautizada<sup>2</sup> y de ahí se seguirán, por supuesto, tratamientos en busca de su *cura*. Sin embargo, al *paciente* se le obliga a no ejercerla so pena de sufrir el descrédito, el lapidamiento social y hasta la cárcel. En este sentido vemos cómo, entre las clases sociales más acomodadas, se castiga el escándalo y el deshonor, es decir, lo que ponga en entredicho la estabilidad de las buenas conciencias de aquellos sectores sociales que buscan lograr un lugar en la sociedad, por tanto, las apariencias y la decencia son dos valores que hay que cuidar.

Es en este contexto, en el que Eduard Foster escribe *Maurice*<sup>3</sup> una novela de amor, donde se discute el tema de la homosexualidad y la manera decente en la que se ha de sobrellevar para no contravenir las buenas costumbres de la sociedad burguesa inglesa. De hecho, en la novela, uno de los personajes principales aduce la necesidad

de vivir un amor platónico que no lleve a un encuentro carnal entre los sujetos y al mismo tiempo a buscar un tratamiento médico que logre curar el padecimiento. La salida que el autor da a los personajes de la novela, después de vivir una relación clandestina, es tratar de vivir en el exilio lo mejor posible la condición de homosexual, más aún, cuando la novela plantea una relación entre un hombre de la pequeña burguesía con un empleado doméstico y por tanto, una relación inconcebible en la Inglaterra de la época. Es decir, el libro centra su atención en aquellos sectores de la sociedad británica que por ser transgresores de las normas sociales no tienen cabida en ella.

Por dar placer al cuerpo Maurice había confirmado —esta misma palabra era la usada en el veredicto final—, había confirmado su espíritu en su perversión, y se había separado de la congregación del hombre normal. En su irritación, balbucía: “Lo que yo quiero saber... Lo que yo no puedo decirle a usted ni usted a mí, es ¿cómo un rústico campesino como éste sabe tanto acerca de mi persona? ¿Por qué cayó sobre mí aquella noche especial en que yo era más débil? Jamás me permití un contacto con mi amigo en la casa, porqué, demonios, soy más o menos un caballero (colegio privado, universidad, etc.) y aún no puedo creer que lo hiciera con él.” Lamentando no haber poseído a Clive en el momento de su pasión, salió, abandonó su último cobijo, mientras el doctor decía formulariamente: “El aire fresco y el ejercicio pueden hacer maravillas aún”. El doctor quería pasar a la visita siguiente, y no le interesaba el problema de Maurice (Foster, 1997: 182)

<sup>2</sup> “No hay que olvidar que la categoría psicológica, psiquiátrica, médica, de la homosexualidad se constituyó el día en que se la caracterizó —el famoso artículo de Westphal sobre las “sensaciones sexuales contrarias” (1870) puede valer como fecha de nacimiento— no tanto por un tipo de relaciones sexuales como por cierta cualidad de la sensibilidad sexual, determinada manera de invertir en sí mismo lo masculino y lo femenino. La homosexualidad apareció como una de las figuras de la sexualidad cuando fue rebajada de la práctica de la sodomía a una suerte de androginia interior, de hermafroditismo del alma. El sodomita era un relapso, el homosexual es ahora una especie” (Foucault, 1991: 56).

<sup>3</sup> Eduard, Morgan Foster escribió entre 1913 y 1914 la novela *Maurice*.

La cuestión de la relación entre el cuerpo, el género y la sexualidad, durante el siglo XX tomó nuevos bríos ante una sociedad que cambiaba rápidamente. Con el desarrollo industrial del siglo XIX se aproximaban importantes transformaciones en muchos ámbitos socioculturales. Desde ese siglo, aun sin reconocimiento de ningún tipo, mujeres y niños fueron reclutados para las manufacturas; las mujeres empezaban a luchar por un papel más activo en la vida social y política, de ahí los incipientes movimientos de las sufragistas. Sin duda el mundo estaba cambiando a pasos agigantados y con ello muchos valores y modelos que en el siglo anterior le habían dado sentido a la organización social de los países occidentales, empezaban a desmoronarse ante la falta de sustento real.

No enumeraremos todos los cambios que se fueron dando en estas sociedades. Baste decir que ante las nuevas dinámicas internacionales ya no era posible mantener los modelos rígidos en el comportamiento de los géneros y eso provocaba un replanteamiento de esos cánones ortodoxos.

Surgen entonces, cada vez con mayor fuerza, signos de rechazo a los discursos decimonónicos, aunque no por ello fueran recibidos con buenos ojos por la sociedad burguesa de principios del siglo XX. Finalmente los transgresores no dejaban de serlo. Cocteau, uno de los grandes rebeldes del siglo XX, presentó a finales de la década de 1920<sup>4</sup> una obra sin duda importante en la literatura universal, *El libro blanco*, en el que hace patente su posición ante esas normas sociales y particularmente en lo relativo a las preferencias sexuales:

<sup>4</sup> Precisamente en 1928.

Para mí, el cuerpo de Alfred era más el cuerpo que había tomado mis sueños que el joven cuerpo poderosamente armado de un adolescente cualquiera. Cuerpo perfecto, aparejado de músculos como un navío de cuerdas y cuyos miembros parecen despegarse en estrella alrededor de un pelambre de donde se levanta, mientras que la mujer está construida para simular, la única parte que no sabe mentir en el hombre. Comprendí que me había equivocado de ruta. Me juré que no volvería a perderme, que seguiría en lo sucesivo mi recto camino en vez de extraviarme en el de los demás y que escucharía más las órdenes de mis sentidos que los consejos de la moral (Cocteau, 1995: 44)

El siglo XX sin duda fue prolijo en transgresores y de manera particular en el ámbito sexual. Si bien el proceso seguido a Óscar Wilde había mostrado la intolerancia ante la diversidad sexual, ello no significó su aniquilamiento ni con mucho en la mayoría de los países de Europa y Estados Unidos, en donde ello se expresó de manera ampliamente visible en las artes, siendo la literatura un camino importante para su difusión y donde destacaron importantes escritores de talla internacional. Genet en su importante novela *Querrela de Brest*,<sup>5</sup> llevada al cine en 1983 por Fassbinder, nos muestra de manera totalmente abierta, el papel de la seducción en ese encuentro entre varones que comparten el deseo erótico por los de su mismo sexo.

Hoy estaba seguro de que su jeta, repentinamente ennegrecida, más maciza

<sup>5</sup> Publicada, probablemente en el año de 1953.

debida a aquella leve capa de polvo, tendría una belleza tal que el teniente perdería todos los papeles. ¿Llegaría acaso a declararse? “Ya veré, no creo que haya oído.” En el interior de aquel cuerpo la inquietud generaba el sobresalto más exquisito. *Querella* apeló a su estrella, que no era otra que su sonrisa. Apareció la estrella, *Querella* avanzaba sobre sus anchos pies, firmemente posados de plano. Balanceaba algo las caderas, estrechas sin embargo, para producir un movimiento suave de la parte superior del pantalón y del calzoncillo blanco, que rebosaba un poco por encima de éste, sujetos ambos por un amplio cinturón de cuero trenzado que se abrochaba por atrás. Sin duda había registrado maliciosamente la frecuencia con que la mirada del teniente se demoraba en aquella parte de su cuerpo, aunque lógicamente conociera otros objetos más eficaces de su seducción. Los conocía con toda seriedad. A veces, con una sonrisa, con su habitual sonrisa triste. Balanceaba también ligeramente los hombros, pero su movimiento, como el de las caderas y el de los brazos, era más discreto que de costumbre, más cercano a su cuerpo, más interior, se podría decir. Se movía prieto. Cabría escribir: *Querella* jugaba ya fuerte. Al acercarse al camarote del teniente esperaba que éste se hubiera dado cuenta del robo frustrado del reloj. Deseó que le hubiera llamado para eso. “Me las apañaré. Tengo que entrarle por los ojos” (Genet, 1983: 113)

Es importante hacer hincapié aquí en algunos detalles que hemos obviado pero que a estas alturas no podemos soslayar: en las obras hasta aquí comentadas,

permanentemente se encuentra presente el papel de género masculino establecido socialmente; es decir, en los personajes de estas obras no se pierde de vista el hecho de que como varones que son, existen ciertas expectativas puestas en ellos a partir de su condición masculina, sin que ello interfiera en su preferencia sexual o para decirlo de otra manera, como homosexuales no pierden su papel masculino, no son personajes afeminados.

Lo que a principios del siglo xx vemos como audaces actos de transgresión por parte de unos cuantos personajes, a partir de los años sesenta gana terreno de manera real haciéndose patente una presencia no sólo permanente sino efectiva, que da lugar a su expansión a ámbitos diversos del cine, el teatro, la música; lugares en los que también se diversifican las expresiones que para ese momento ya no sólo transgreden los ámbitos de la preferencia sexual sino también los de género y edad entre otros, y en donde el lenguaje es cada vez más explícito, lo que no necesariamente lo vuelve soez, pero que no teme referirse directamente a las prácticas de los cuerpos masculinos.

los marineros cruzan la calle, salen de los restoranes, de los cines que cierran, de los bares. Una mujer atractiva mira con descaro dentro del auto y se cubre la boca sonriendo. Hay muchos hombres guapos en toda la calle, hasta la plaza de Cataluña, y dormidos en sus cuartos tibios hay más, con el cálido aroma de sus axilas junto a la almohada. El mundo está lleno de ellos. Hay millones que nunca conocerá Rodrigo, sentado al volante de su auto mientras aprieta en la mano la blanca columna que le sale de las piernas envueltas en el pañuelo recién planchado.

Y por lo menos un millón son tan bellos que harían sonar las trompetas del Día del Juicio si llegaran a juntarse en la misma ciudad. Hay negros y mulatos que debieran ir siempre desnudos, rubios de antebrazos velludos y cejas infantiles sobre los ojos azules, morenos que abrirían en dos las aguas del Atlántico si se lo ordenaran (González de Alba, 1981:62)

En la literatura del siglo xx se hacen presentes otras formas de expresión que se refieren al desarrollo de una cultura con rasgos característicos que se expresa por medio de un lenguaje cifrado que construye su especificidad a partir de que genera rasgos identitarios que dan muestras cada vez más claras y evidentes de que el personaje ya no esta sólo, de que se ha construido una comunidad que comparte no sólo prácticas culturales, sino formas de ver y entender el mundo comunes.

Unos murmuran “camina como Bruce Lee”; otros, “no, como la pantera rosa”; “The pink panther”, dice, erudita, la Quiquis: “The punk panther”, corrige Adela, haciendo gala de su ingenio; “pero qué mal viste”, objeta Madame Chanel, y Lady Baltimore, más migajona, remata: “parece existencialista de película mexicana”. Sin embargo, después todos calificarían su entrada como “espectacular”. La equipararían con la de Libertad Lamarque en la versión teatral de Hello Dolly, descendiendo las escaleras con su vestido rojo, o con la de Angélica María (también bajando una gran escalera) en *Cinco de Chocolate* y *uno de Fresa*, ataviada únicamente con lentejuelas y tocado de plumas. Compararían su mirada con la de Warren

Beatty en *El cielo puede esperar*, o su sonrisa con la de Tony Curtis en *La carrera del siglo*. Todos destacarían que su presencia había trastornado al bar entero, que nadie había permanecido insensible a su encanto, y, los más refinados, señalarían que había sido la irrupción en la cotidianidad del elemento que ciega por su belleza y su carácter singular. Algunos, los más líricos, afirmarían haberlo visto rodeado de una aureola mágica. En cambio, los más prosaicos comentarían que su único mérito había consistido en ser diferente (Zapata, 1989:56)

Finalmente, hemos llegado a un desarrollo cultural en donde lo sexual ha logrado ocupar un lugar importante dentro de la construcción social de los sujetos, no obstante, aún no ha implicado un reconocimiento de la diversidad sexual.

Pero aunque el cuento había logrado excitarla hasta la punta de las pestañas postizas, aunque varias veces mientras Carlos hablaba cruzó la pierna para disimular la erección de su estambre coliflor, algo de todo aquello le pareció chocante. Y no era por moral, ya que ella guardaba miles de historias más crudas donde la sangre, el semen y la caca habían maquillado noches de lujuria. No era eso, pensó, es la forma de contar que tienen los hombres. Esa brutalidad de narrar sexo urgente, ese toreo del yo primero, yo te lo pongo, yo te parto, yo te lo meto, yo te hago pedazos, sin ninguna discreción. Algo de ese salvajismo siempre la había templado gustosa con otros machos, no podía negarlo, era su vicio, pero no con Carlos, tal vez porque la pornografía de ese relato la

confundió logrando marchitarse el verbo amor. Si, por último, sólo había sido una tierna historia de dos niños en una playa desierta buscando sexo, ocultos de la mirada de Dios. Nada más, se repitió eructando los vapores del pisco mientras salía del dormitorio tambaleándose con la frazada bajo el brazo. Al entrar, escuchó la aguja del pick-up chirriando gatuna al final del disco, y más allá, tirado como un largo riel sobre los almohadones, Carlos roncaba profundamente por los fuelles ventoleros de su boca abierta. Una de sus piernas se estiraba en el arqueado leve del reposo, y la otra colgando del diván, ofrecía el epicentro abultado de su paquetón tenso por el brillo del cierre *eclair* a medio abrir, a medio descender en ese ojal ribeteado por los dientes de bronce del marrueco, donde se podía ver la pretina elástica de un calzoncillo coronado por los rizos negros de la pendejada varonil (Lemebel, 2001: 97)

Hemos visto por un lado una saturación de mensajes en los que la sexualidad y los cuerpos juegan un papel importante. En los medios de comunicación se presentan más escenas de índole sexual, hay mayor cantidad de imágenes urbanas que muestran los cuerpos masculino y femenino.

La moral sexual sigue aferrada a que la heterosexualidad-monogama-reproductiva siga siendo el modelo a seguir. Baste escuchar los discursos de muchos jóvenes que, sin piedad, pueden ensañarse contra cualquier mujer que se haya atrevido a tener una conducta sexual fuera de la norma. Inmediatamente se ponen en juego los discursos construidos siglos atrás que condenan la búsqueda del placer por parte de la mujer.

Los cuerpos se muestran y exhiben pero no pueden usarse libremente. Los discursos siguen presentes: un varón heterosexual que se precie de serlo no puede abandonarse al placer de recibir caricias en el ano; su cuerpo está bajo la vigilancia de su propia moralidad y por supuesto de la de su pareja. En tanto, la mujer tampoco es dueña de su cuerpo, ni de tomar decisiones con relación a él.

Todo ello responde por supuesto a los discursos genéricos que por siglos han establecido la superioridad del varón. Estos valores y principios, no se han mantenido estáticos a lo largo de la historia, ni en todos los pueblos y culturas; han presentado variaciones y transformaciones relacionadas con el dinamismo propio de las sociedades, así como con los factores externos a las mismas, sin embargo, incluso cuando puedan darse cambios profundos en los órdenes socioeconómicos, las que se relacionan con el papel de los géneros tardarán más tiempo en producirse.

#### EL CUERPO MASCULINO CONTEMPORÁNEO EN NUESTRO PAÍS

Las transformaciones desencadenadas a lo largo del siglo XX no sólo revolucionaron los sistemas productivos, sino que transformaron en buena medida la vida de los sujetos y el sentido que tenían muchas de las actividades que se realizaban cotidianamente. Particularmente, en sectores sociales cuyas condiciones socioeconómicas lo permitían, se introdujeron cambios trascendentes en el proceso de vida y en los valores asignados a ellos. Así, este tipo de transformaciones se presentaron en sectores sociales urbanos cuyas condiciones económicas colocaban a los sujetos en una

situación de mayores posibilidades de participación en contextos diversos y, a la vez, en un contexto dinámico y, por tanto, en mayores probabilidades de cambio.

Por un lado, se dio un proceso muy importante por el cual el tiempo transcurrido entre la niñez y la adultez se alargó de manera significativa, construyéndose dos etapas cruciales en la nueva manera de percibir la masculinidad: la adolescencia y la juventud. Nuevamente es en los contextos sociales urbanos donde se da esa posibilidad, en buena medida en respuesta a las condiciones económicas a las que se verán expuestos esos sectores. Mientras que en el ámbito rural o en sectores socioeconómicos más bajos, es común la participación del niño en actividades económicas y productivas; en las clases medias y altas urbanas estas condiciones no se dan de manera inmediata sino que se posponen indefinidamente.

Ambas etapas que separan al niño del hombre se han constituido en periodos en los que la masculinidad adopta una forma cada vez más definida y en la cual se imponen ritos de paso y luego pruebas a la masculinidad. Se trata de que el niño deje de serlo y adquiera una serie de conocimientos y comportamientos que se asocian con la masculinidad, por supuesto heterosexual. Todos estos ritos o pruebas no son concluyentes, es decir, los varones, como dice Badinter, continuarán enfrentando esas pruebas a lo largo de toda la vida aunque evidentemente, el tipo de prueba a la que se hace referencia será distinta en cada momento de su vida:

Sin ser plenamente conscientes de ello, nos comportamos como si la femineidad fuera natural, ineluctable, mientras que la masculinidad debiera adquirirse

pagándola muy cara. El propio hombre y los que le rodean están tan poco seguros de su identidad sexual que exigen pruebas de su virilidad. Al ser masculino se le desafía permanentemente con un 'Demuestra que eres un hombre' Y la demostración exige unas pruebas..., de las que la mujer está exenta (Badinter, 1993: 18)

Si bien hemos dicho que cada cultura establece sus propios patrones identitarios, hemos visto también que las sociedades occidentales, a través de las telecomunicaciones y la comercialización de productos e imágenes, ha generado patrones de conducta respecto de la masculinidad, apuntando hacia una estandarización de los modelos que no se pueden alcanzar finalmente debido a las diferencias culturales entre las diversas sociedades. Esos modelos estandarizados aparecen desde la infancia, haciéndose claros los modelos de conducta genéricamente establecidos y delimitados, reproduciéndose a través de canales variados que van desde los medios de comunicación masiva hasta la reproducción de los modelos de conducta observados en los varones adultos con los que se convive.

Podemos decir entonces, que se establecen algunos aspectos clave que intentan definir la masculinidad. Desde la infancia, la sociedad representada por el grupo de niños con los que se juega estará atenta para sancionar las conductas desviantes de los que no participan en los modelos generalizados. Si bien puede no haber una clara conciencia en lo relativo al trasfondo de la descalificación, es decir, que ni para el transgresor ni para el censor queden claras las razones para la censura, ello no impedirá que se reproduzcan los discursos o

descalificaciones expresados por los adultos. Muchos sujetos gay hacen referencia al sentimiento inexplicable, en su momento, de ser diferentes y de haber hecho cosas que para el entorno resultaban inaceptables. "Si bien de niño y de adolescente me detesté a mí mismo, hoy siento afecto por aquel desdichado niño que fui en otro tiempo, una benevolencia retrospectiva que podría denominarse 'la pederastia autobiográfica'" (White, 1996: 9)

De la niñez pasará a la adolescencia con la sensación de pertenencia o de aislamiento en respuesta a las vivencias de la infancia ya apuntadas. La sociedad sigue atenta y cada vez más, a los comportamientos del sujeto, a su participación en actividades que ponen en juego la masculinidad, por medio de aquellas acciones relacionadas, o podríamos decir, que han pasado a formar parte del estereotipo, siguiendo nuevamente a Badinter, calificando la manera en que el sujeto enfrenta sus problemas. La fortaleza física, el valor a un extremo temerario, el interés en el encuentro con la sexualidad prematuramente, aun cuando no se tenga claro lo que se pretende obtener de ella, las incursiones amorosas por el simple hecho de probar la capacidad que se tiene de lograr una aventura en la que la mujer, ya desde este momento, es devaluada y convertida en simple trofeo de competencia, son todas pruebas que se deben afrontar. Se llega por fin a la juventud en la que la permisividad es mayor, pues legalmente ya se es autosuficiente, aun cuando en otros ámbitos de la vida como el económico, se permanezca indefinidamente en una relación de dependencia con la casa paterna. El alcohol, las aventuras sexuales, la posesión de un auto, la afición al deporte, se convierten entonces en los emblemas de la masculinidad que hay que enarbolar para

seguir manteniendo el estatus logrado en los periodos anteriores.

Si bien se puede tolerar relativo incumplimiento a estas conductas emblemáticas, no es posible su cuestionamiento y transgresión impunemente, pues esa sociedad organizada genéricamente reclamará el cumplimiento de las pruebas y ritos de paso, o en caso contrario, la asunción de las consecuencias. Asimismo, en esta etapa de la vida se suelen afrontar los signos más evidentes y agresivos de la intolerancia y la homofobia, en razón de que es el momento de sublimar las actitudes viriles y los gestos de la masculinidad.

#### MASCULINIDADES

Entender el papel del hombre en las sociedades contemporáneas no es tarea fácil, sobre todo estamos ante sociedades globalizadas, industrializadas, que se han puesto como meta llegar a un público consumidor cada vez más amplio, lo que implica el desarrollo de estrategias de mercadotecnia cada vez más sofisticadas y efectivas. Esas estrategias, por el sentido global de su origen, pretenden estandarizar a sus consumidores a pesar de las nacionalidades y orígenes étnicos distintos. Podemos ver que el cine, la televisión y las estrategias comerciales son trasladadas a diferentes países en los que la única traducción que se hace es del idioma, aun cuando en términos culturales se pueda dar tal distancia que sólo queden imágenes que refuercen el estereotipo, aun cuando no corresponda con el del ámbito local.

De manera importante, los movimientos feministas y de reivindicación de las sexodiversidades en Europa y Estados Unidos llevaron a repensar el papel de las

masculinidades y con ello la actuación de los varones heterosexuales en dichas sociedades. Pero, no obstante que se han planteado importantes discusiones dentro de las sociedades contemporáneas en cuanto al papel de hombres y mujeres, lograr por un lado la equidad entre los géneros y por otro el respeto a la diversidad, ha implicado recorrer un camino largo y sinuoso en el que la intolerancia, la intransigencia y los fundamentalismos se hayan presentes para tratar de impedir u obstaculizar lo que parece ser una dinámica irreversible, aunque los cambios a favor de la equidad de género y de preferencia sexual encuentran sus grandes obstáculos en el mundo global. Por un lado la iglesia católica, en voz de su representante oficial, continúa emitiendo discursos que bloquean los pequeños pasos que se dan, de manera particular en algunos contextos nacionales; por otro, las voces de agrupaciones radicales, jefes de Estado, etcétera de cuando en cuando realizan declaraciones al respecto censurando tales cambios.

Así, es evidente que los jóvenes tratan de formarse un criterio a partir de todo ello, sin embargo no todos miran hacia el mismo lugar. Así como se dan esfuerzos hacia esa democratización de los géneros, también existe un movimiento muy importante de contención. Un ejemplo muy claro y documentado lo podemos ver en el trabajo de Edgar González Ruiz (1994) en el que presenta una revisión de cómo se ha expresado la intolerancia en el plano de la sexualidad en los últimos años y cuáles son las asociaciones que desde la sociedad civil han golpeado todos los esfuerzos por difundir información para lograr el ejercicio de una sexualidad más responsable, así como de los movimientos por la despenalización del aborto y a favor de los derechos de los

sectores sexo-diversos. Esto nos lleva a replantearnos el tema de la identidad y en particular la masculina. De manera muy esquemática nos referiremos a un aspecto que ya hemos trabajado más ampliamente con anterioridad (List, 2000) y que aquí sólo retomaremos para referirnos al tema de la masculinidad.

La identidad deviene de un proceso individual y colectivo en el que el sujeto participa de manera activa a lo largo de su vida, tanto para reconocerse a sí mismo como para interactuar con los otros sujetos semejantes o diferentes.

En su momento dijimos que la identidad se constituye en dos niveles: el individual y el colectivo de manera simultánea, construyendo con ello los diversos planos con los cuales se participa en la vida social, en los diferentes momentos de su existencia.

Por un lado, se encuentra el aspecto individual con el cual se construirán planos identitarios que le darán sentido a sus relaciones cotidianas, mismos que le permitirán reconocerse como parte del sexo masculino, para, a partir de los aspectos genotípicos, ir construyendo su papel genérico de acuerdo con las exigencias sociales.

Hemos dicho más arriba que a lo largo de la vida estas exigencias se transforman en consonancia con los parámetros y lineamientos de la sociedad en la que se inscribe el sujeto. Finalmente hacíamos hincapié en el sentido intersubjetivo y relacional de la identidad, lo que implica que su construcción conlleva necesariamente la socialidad, lo que le permite que, en la interacción entre lo individual y lo colectivo, se vayan reconstruyendo y asumiendo los planos identitarios. De ahí que sea importante el señalamiento de Giménez cuando afirma que los actores sociales tienden

a valorar positivamente su identidad y concluye:

que los actores sociales —sean individuales o colectivos— tienden, en primera instancia, a valorar positivamente su identidad, lo que tiene por consecuencia estimular la autoestima, la creatividad, el orgullo de pertenencia, la solidaridad grupal, la voluntad de autonomía y la capacidad de resistencia contra la penetración excesiva de elementos exteriores (Giménez, 1992: 21)

Esta valoración positiva de la identidad hace que el sujeto la conserve en el momento de encontrarse frente a sujetos o colectividades que no la comparten. En este sentido, por los argumentos expuestos más arriba, vemos que no todos los sujetos que comparten un interés sexual hacia sujetos del mismo sexo asumen una identidad valorándola positivamente en términos culturales y, por ende, no todos desarrollan un plano identitario gay.

La cultura de género atraviesa a la preferencia sexual en el sentido que cada uno de los seres humanos, independientemente de su manera de relacionarse sexualmente, tiene una carga ideológica que le determina su ser social, en este caso masculino o femenino, y ello provoca que su manera de expresar su sexualidad adquiera particularidades. Recordemos que la cultura de género trastoca las relaciones sociales y, por tanto, incide de manera directa en las actitudes, comportamientos y formas de relación con el entorno. En este sentido, si bien podemos ver que los sujetos construyen un plano identitario gay, éste no está exento de los condicionamientos que la cultura de género establece y por tanto debemos considerarlo más bien

como dos aspectos que se cruzan e inciden en las actitudes, modos de relacionarse y en general en la manera de ser y actuar del sujeto.

Hoy día sabemos que más sujetos viven de manera cotidiana asumiendo este plano de identidad, lo que ha permitido entre otras cosas que (la identidad) se pueda construir a partir de un reconocimiento con iguales que comparten la vida diaria, y no tener que recurrir necesariamente a un espejo distante, del que se retoman formas de construir esa identidad, a partir de elementos socioculturales que no corresponden a la realidad mexicana.

Como podemos ver, la identidad gay, como otros planos identitarios, es una construcción relacional y situacional a partir de la cual el sujeto reconoce diferencias y semejanzas con su entorno. En este sentido el sujeto se contrasta con las personas cercanas para reconocerse o diferenciarse; por tanto, construir una identidad gay, es decir, una identidad que ha sido estigmatizada socialmente no es un proceso sencillo. Como el resto de los planos identitarios, el gay se va construyendo con las interacciones en los contextos específicos que le permitan, además, hacerse de aquellos elementos culturales con los cuales podrá interactuar. En este sentido es posible ver cómo para las generaciones más jóvenes que cuentan con más elementos culturales visibles y con más imágenes (en el cine, la televisión, sitios de socialización, etcétera) positivas respecto de la diversidad sexual, pueden construir una identidad más sólida y afirmativa de su preferencia sexual.

Es importante reconocer que la identidad gay es histórica, en el sentido de que se ha construido a partir de las transformaciones en la manera en que los sujetos han percibido su propia preferencia sexual, la

cual se vuelve más positiva, al eliminar el estigma que la categoría de homosexual le daba. Con ello, la categoría gay va teniendo un sentido político que reivindica no una sola manera de relacionarse sexualmente, sino una serie de elementos socioculturales, que se construyen como elementos derivados de la propia preferencia sexual.

Los hombres de los años veinte buscaban en su interior vestigios de feminidad como si fueran piojos. Pero no era su personalidad por lo que se preocupaban, sino por su pelo y sus ropas. Su dilema era que nunca debían ser descubiertos preocupándose por aquellas cuestiones (Crisp, 2001: 43)

#### CUERPOS DE HOMBRES GAY Y SUS ESPACIOS

Los sujetos gay en el siglo XX inventaron formas para sobrevivir a una sociedad intolerante y homófoba; tuvieron que sobrellevar circunstancias diversas como lo fueron los países donde vivieron: Pierre Seel en Alsacia, Quentin Crisp en Inglaterra, Yukio Mishima en Japón, Salvador Novo en México y muchos otros que enfrentaron los diversos tipos de violencia física y simbólica por el sólo hecho de ejercer su preferencia sexual al margen de las convenciones sociales.

Aquí estamos entonces frente a un hecho trascendental en el desarrollo no sólo de un deseo sexoerótico hacia individuos del mismo sexo, sino hacia la construcción de una identidad valorada positivamente a pesar de los diversos grados de agresión y sufrimiento vividos primordialmente en la juventud. Las historias particulares vividas en los diversos sitios del planeta, provocaron que el desarrollo propio de lo que

significó ser gay evolucionara de manera diferente y, por tanto, que las subculturas gay de cada país establecieran como metas puntos diferentes.

Por supuesto, esos desarrollos diferenciados en el ámbito sociocultural llevaron a la construcción de una serie de símbolos y emblemas que permitieran el reconocimiento y hasta una comunicación bajo un código clandestino. Así se fueron construyendo imágenes gay que reivindicaron ciertos estereotipos, que cubrieron un espectro tan amplio que iba del afeminamiento total, hasta las imágenes más masculinizadas, exaltando la fuerza física y la virilidad. Todos los modelos cupieron, todos los sujetos encontraron una imagen para recrear, y una estrategia que les permitiera relacionarse con sus semejantes en condiciones sumamente disímboles.

Aunado a ello, tenemos todo el desarrollo de una cultura homosexual o gay que en distintos momentos aprovechó diversos canales para hacer público su interés, y su modo de expresarlo por diferentes medios: la literatura, la pintura, la música, la poesía, el cine, etcétera. Así, a lo largo del siglo XX, los sujetos gay no sólo afrontaron las actitudes más o menos agresivas de sus sociedades de origen sino que construyeron, en la medida de sus posibilidades, una cultura gay que les permitiera sobrevivir a la violencia homófoba.

Estas subculturas aprovecharon cuanto reducto se les presentó para poder desarrollarse: los canales subterráneos, los sitios clandestinos, los lenguajes cifrados verbales y no verbales, los mensajes dejados en baños públicos, etcétera, todo ello permitió ir construyendo encuentros, que a su vez fueron el vehículo por el que se fue extendiendo esta subcultura. En este sentido, estos grupos tuvieron que desarrollar

formas alternativas de encuentro lo cual vino a modificar, al menos para estos sujetos el sentido de lo público y lo privado.

Más atrás hemos dicho que los sujetos de clase media suelen establecer su socialidad en los sitios cerrados que les permite mantener esa cierta intimidad, en ese ámbito privado que bien señala Rabotnikof (1998) y que se caracteriza por ser, en la mayoría de los casos, un espacio creado ex profeso para la socialidad gay, ello sin contar aquellos otros espacios apropiados por este sector social que, sin embargo, no subvierten el orden ahí establecido.

Así se encuentran sobrepuestos y a veces se entrecruzan itinerarios, rutas, destinos en los que las apropiaciones transgreden horarios, fechas, temporadas; se invierten funciones, llevando incluso a volver privados, actos públicos (por ejemplo el baile en las fiestas exclusivas) y públicos los que la sociedad considera privados (encuentros sexuales en sitios como cines), con lo que se hace difícil aprehender la multiplicidad de funciones y significaciones de la vida gay urbana.

Hablar de lo público y lo privado respecto de los gay, tiene mucho que ver con estilos de vida y formas de interacción, pues pueden encontrarse altamente imbricados ambos espacios. ¿Hasta dónde llega uno y empieza el otro? La sexualidad, aspecto importante para la comprensión de este grupo social, y que tiene que ver con esos estilos de vida, en muchos momentos está situada en esa delgada línea que divide a lo público de lo privado, creándose puntos intermedios en donde descansa, no sólo la incorporación del deseo, sino la misma socialidad que se da al interior de esa comunidad.

Cómo interpretar, por ejemplo, una habitación oscura o en el mejor de los casos

en penumbra, en la que se reúnen varones deseosos de tener un encuentro sexual. Caminan por la habitación, se tocan, recorren el cuerpo localizado tratando de adivinar su complexión, su altura, quizá hasta su edad; y luego, inmediatamente después, pasar a recorrer el pecho, las nalgas, el miembro y entonces sí, entregarse a la práctica sexual: sexo oral (con o sin condón), faje o masturbación mutua, penetración (con o sin condón) y, una vez lograda la eyaculación, dejar el lugar más o menos satisfecho, más o menos frustrado, al haber tenido ese encuentro con uno o más sujetos en tanto, otro u otros no convocados, aprovechaban para también utilizar esos cuerpos en la satisfacción de los propios placeres.

Esto que pudiera parecer contradictorio, simplemente refleja la manera en que los sujetos gay han construido no sólo esas formas de socialidad y de afectividad, sino también formas de encuentro erótico, que transgreden las maneras socialmente reconocidas y aceptadas, fundamentalmente, nuevas formas de concebir los cuerpos como objetos y sujetos del placer.

La sociedad heterosexual considera la sexualidad como una actividad que entra en el orden de lo privado y toda forma heterosexual que no quede dentro de ese ámbito sólo tiene dos sitios: la pornografía y la prostitución o, en el peor de los casos, la violencia sexual aunque en esta última situación, de todos modos el ejercicio de la sexualidad es quien recibe el estigma social.

Los sujetos gay, de entrada, son considerados transgresores. Por ello, han buscado formas de relacionarse, espacios, momentos que regularmente fueron clandestinos y que en muy pocas ocasiones pudieron corresponder a los espacios "creados para

el encuentro sexual: la recámara". Así, los sujetos gay tuvieron sus encuentros en sitios abiertos o en lugares cerrados, pero generalmente no dentro de la casahabitación (una azotea, unas escaleras oscuras, un estacionamiento, un baño solitario y hasta un parque en la noche sirvieron durante mucho tiempo para el encuentro sexual). La literatura también da cuenta de ello:

Llegaron al extremo del muelle, tan molesto y bullicioso durante el día y entonces, de noche, tan tranquilo y solitario. Ambos parecían buscar a alguien; se volvían a todas partes, escrutando las caras de los escasos viandantes que por allí transcurrían, observando a los individuos sentados en los bancos paralelos a pretil. Como más tarde pude saber, había ido a dar, en seguimiento suyo, a uno de esos lugares apartados de la ciudad, que toda capital posee: rincones desiertos, parques solitarios, lugares de reunión de pederastas que la policía conoce y tolera...Yo experimentaba hacia los individuos allí estacionados, y que me solicitaban al pasar, una profunda repugnancia. Y, sin embargo, yo mismo me moría de deseo por un hombre que me hacía tan poco caso como el que yo prestaba a aquellos sodomitas (Wilde, 1984:119)

Esto permitió que se pudieran realizar estos encuentros pero, dentro del orden simbólico gay, constituyó la erotización de los espacios, los momentos y las situaciones que vinieron a "enriquecer" la vida sexual de los gay.

Con el paso del tiempo, los sujetos gay se fueron apropiando de sitios en los que este tipo de encuentro se hizo posible:

baños de vapor públicos, cuartos oscuros, cines, principalmente. En estos sitios fue posible recrear el elemento furtivo de los anteriores encuentros, pero la mayoría de las veces sin los riesgos de sufrir una agresión o de ser detenidos y extorsionados por la policía. Así se han desarrollado este tipo de lugares, que han tenido sus épocas de casi extinción, como en los inmediatamente posteriores al descubrimiento del VIH/sida, pero que han repuntado en los últimos años. Estos sitios además presentan otra particularidad y es que el encuentro sexoerótico suele darse con la participación de dos o más sujetos y rodeado de un número variable de personas que ejercen su sexualidad de manera simultánea. De tal modo que el ejercicio de la sexualidad se vuelve un acto semi-público, en el que otro u otros pueden actuar no solamente como voyeuristas sino inclusive intervenir en un momento determinado, haciendo más amplio el número de sujetos que participan en él.

Lo que Guasch (1991) llama la institucionalización del modelo gay es la construcción de todos esos espacios físicos y simbólicos en los que se lleva a cabo la convivencia y socialidad de los sujetos gay, y aquí entraría desde la discoteca o el bar, hasta los baños públicos. Es significativo en este sentido cómo el estigma hacia ciertos sectores gay, ubicados principalmente por clase, son los que resentirán en mayor medida el temprano desarrollo de esos espacios de interacción, pues generalmente se establecerán marcas de distinción que llevaran a su exclusión.

En este contexto vuelve a resultar polémico el lugar de la sexualidad para los sujetos gay: ¿es un acto público y por tanto desarrollarse en cualquier sitio de encuentro gay? o por el contrario, ¿es un acto pri-

vado y debe circunscribir a la pareja en un sitio donde sólo ellos interactúen? Sin duda la respuesta implica la articulación de valores éticos, morales, de salud y por tanto se vuelve compleja. No cabe duda que la participación de amplios sectores gay en la discusión de estas cuestiones ha permitido en otros países establecer medidas de protección hacia la propia población gay.

Lo que es un hecho es que la frontera entre lo público y lo privado entre sujetos gay es sumamente movable: para algunos sujetos la sexualidad, así como el resto de los actos entre individuos gay tienen perfecto espacio en el ámbito público, y hay otros para los que no sólo la sexualidad sino cualquier forma de afectividad entre gay tiene que darse en ámbitos privados. En este sentido, la interacción gay permite una flexibilización de la dimensión público/privado, con lo cual se amplían sus límites.

En este estado de cosas, los diversos sectores sociales asumen diferentes actitudes, sin embargo, entre individuos gay clasemedieros suele existir aún una gran ambigüedad y, por tanto, un gran riesgo de contagio de enfermedades de transmisión sexual producto del temor a ser descubiertos en el entorno social como gay, al recurrir frecuentemente a encuentros furtivos en sitios clandestinos de la Ciudad de México o simplemente al mantener una actitud de negación ante lo evidente de la posibilidad de contagio.

Por otra parte, la cultura de género suele actuar también en ese ámbito público en donde nuevamente se refuerzan los discursos explícitos e implícitos en el sentido de ejercer la sexualidad en el momento en que las circunstancias lo permitan independientemente de las situaciones, el deseo o apetito sexual, para mostrar al entorno

social que se cumple con las cualidades asignadas al varón de manera cultural.

## CONCLUSIONES

Después de haber hecho este recorrido, deseamos destacar algunos aspectos que nos parecen relevantes para la comprensión de cómo es que histórica y culturalmente se ha construido el ser hombre en las sociedades occidentales. Hemos visto que cuerpo, género y sexualidad se encuentran íntimamente ligados. La manera en que históricamente se han desarrollado las concepciones sobre estos, si bien ha cambiado enormemente, ha mantenido algunos rasgos esenciales que tienen que ver con su fundamento mismo, es decir, jerarquización de los géneros y por tanto, la desigualdad entre sujetos femeninos y masculinos.

En este sentido, hemos hecho uso de la literatura para hacer evidente que estas concepciones de la masculinidad están íntimamente ligadas a los sistemas de pensamiento de Occidente y por tanto trascienden la construcción de las identidades sexodiversas. Hoy día vemos entonces que los modelos masculinos por un lado, que han tenido una tendencia hacia las imágenes andróginas, los discursos a favor de relaciones más equitativas en los planos político, económico, laboral, afectivo, entre otros; la presencia cada vez más evidente de sujetos sexo-diversos que han generado sus propios estereotipos, no han hecho desaparecer los discursos de género masculino que reivindican el papel hegemónico del varón heterosexual.

Los discursos construidos respecto de la sexualidad han seguido ese mismo camino, dando como sentado que el sexo

heterosexual es el sexo bueno, natural y normal. El resto de las conductas sexuales, aun la búsqueda de placer sexual por parte de la mujer en contextos heterosexuales, el deseo de ver cubiertas las fantasías masculinas que llegan a incluir la búsqueda del placer erótico fuera del coito convencional, son sospechosas y de ahí hasta reprobables en la medida en que van en contra de los discursos expresados tradicionalmente.

Finalmente, consideramos que este sector social ha crecido en el sentido de que ha desarrollado lo que nosotros denominamos como una *cultura sexodiversa* en la que se encuentran incorporadas distintas subculturas como la gay, que ha hecho de la diferencia una manera de reivindicación, y que con el ejercicio cotidiano de su vivencia, de su afectividad, de su erotismo, hasta de su socialidad, alimenta esta propuesta cultural que nació en la clandestinidad pero que poco a poco no sólo se ha vuelto más visible sino que ha generado las condiciones necesarias para poder desarrollarse plenamente.

#### BIBLIOGRAFÍA

- ALLEN, Michael R., "Homosexualidad ritual, poder masculino y organización política en el norte de Vanuatu: Un análisis comparativo", en Herdt, Gilbert, *Homosexualidad ritual en Melanesia*, Fundación Universidad-Empresa, Madrid, 1992.
- BADINTER, Elizabeth, *XY La identidad masculina*, Alianza, Madrid, 1993.
- CAMINA, Adolfo, *Bom-Crioulo*, Posada, México, 1987.
- CARREÑO, Manuel Antonio, *Manual de urbanidad y buenas maneras*, Ediciones Botas, México, 1957.
- COCTEAU, Jean, *El libro blanco*, Ponciano Arriaga, México, 1995.
- CRISP, Quentin, *El funcionario desnudo*, Valdemar, Madrid, 2001.
- FOSTER, Eduard Morgan, *Maurice*, Seix Barral, Barcelona, 1997.
- FOUCAULT, Michel, *Historia de la Sexualidad vol. 1. La voluntad de saber*. Siglo XXI, México, 1991.
- GENET, Jean, *Querrela de Brest*, Debate, Madrid, 1983.
- GONZÁLEZ DE ALBA, Luis, *El vino de los bravos*, Katún, México, 1981.
- GONZÁLEZ RUIZ, Edgar, *Cómo propagar el sida. Conservadurismo y sexualidad*, Rayuela, México, 1994.
- GUASCH, Óscar, *La sociedad rosa*, Anagrama, Barcelona, 1991.
- HARRIS, Marvin, *Introducción a la antropología general*, Alianza, Madrid (1981) 1999.
- HERDT, Gilbert, *Same sex, Different Cultures. Exploring Gay & Lesbian Lives*, Westview, Colorado, 1997.
- KRAFFT-EBING, Richard von, *Psychopatia sexualis. 69 historias de casos*, La Masca, Valencia, 2000.
- LAMAS, Marta *El género: la construcción cultural de la diferencia sexual*, Miguel Ángel Porrúa/Programa Universitario de Estudios de Género, Universidad Nacional Autónoma de México, México, 1996.
- LAQUEUR, Thomas, *La construcción del sexo. Cuerpo y género desde los griegos hasta Freud*, Cátedra, Madrid, 1994.
- LEMEBEL, Pedro, *Tengo miedo torero*, Anagrama, Barcelona, 2001.
- LIST REYES, Mauricio, *Jóvenes corazones gay. Género, identidad y socialidad en hombres gay de la ciudad de México*, tesis de Maestría en Antropología Social, Escuela Nacional de Antropología e Historia, INAH, México, 2000.

- LIZÁRRAGA, Xabier, "Hetero/homosexualidad. Una modificación de la tabla de Kinsey" en *Cuicuilco*. Revista de la Escuela Nacional de Antropología e Historia, año 1, núm. 1, México, julio de 1980.
- MALINOWSKI, Bronislaw, *La vida sexual de los salvajes; Sexo y represión en la sociedad primitiva*, Nueva Visión, Buenos Aires, 1974.
- MEAD, Margaret, *Adolescencia, sexo y cultura en Samoa*, Laia, Barcelona, 1979.
- , *Sexo y temperamento en las sociedades primitivas*, Laia, Barcelona, 1981.
- NÚÑEZ NORIEGA, Guillermo, *Sexo entre varones. Poder y resistencia en el campo sexual*, Universidad de Sonora, El Colegio de Sonora, México, 1994.
- RABOTNIKOF, Nora "Privado/público" en *Debate feminista*, año 9, vol. 18, México, 1998.
- RUBIN, Gayle "El tráfico de mujeres: notas sobre la 'economía política' del sexo" en *El género: la construcción cultural de la diferencia sexual*, Miguel Ángel Porrúa/Programa Universitario de Estudios de Género, Universidad Nacional Autónoma de México, México, 1996.
- SENNETT, Richard, *Carne y Piedra. El cuerpo y la ciudad en la civilización occidental*, Alianza, Madrid, 1997.
- WEEKS, Jeffrey, *Sexualidad*, Paidós/Programa Universitario de Estudios de Género-Universidad Nacional Autónoma de México, México, 1998.
- WHITE, Edmund, *La historia particular de un muchacho*, Destino Barcelona, 1996.
- WILDE, Óscar, *Teleny* (La sonrisa vertical, Biblioteca del erotismo) Libros y publicaciones periódicas, Barcelona, 1984.
- ZAPATA, Luis, *Melodrama. De pétalos perennes*, Posada, México, 1989.